

# UN PUEBLO: IRAIZOTZ

**Enrique IRISO LERGA**  
*m.pascua3@gmail.com*

## LA GEOGRAFÍA

En mi memoria está presente el recuerdo de un pueblecito ancestral de corto vecindario, parco en su dimensión espacial. Un pueblo un poco alto, ubicado en el valle de Ultzama. Con el buen tiempo la naturaleza se transforma en colores y el firmamento en bóveda azulada. Entonces la aldea se adormila con la monótona labor cotidiana. Las cercanías se ven con precisión durante los días soleados. Toda mi infancia en el pueblo sin pizca de aburrimiento, sintiendo la dulzura del vivir. En lo alto de una suave loma, la iglesia parroquial, referencia de la arquitectura popular. Un libro alzado al cielo. La torre campanario de planta cuadrada hace más visible el templo de aspecto sólido. Bajo el campanario se tiende un puñado de casas hermosas, amplias e indivisibles, alineadas a lo largo de una calle ascendente que ordena la aglomeración rural, formando un todo armónico. Las casas duermen en la oscuridad del atardecer y se revitalizan con la luz de la mañana.

Iraizotz es esa calle larga, que tiene el alma de su titular, el célebre e ilustre obispo de la Galia San Martín de Tours, un santo ardiente de una antiquísima religión. ¿Qué ideales, dolores o alegrías representa para los vecinos el letrero callejero de San Martín? ¿Qué poder evocativo provoca? Formando un todo armonioso las casas, alineadas a ambos lados de la calle, humanizan el paisaje. El caserío responde a la normativa reguladora del lugar. Casa frente a casa, balcón frente a balcón, donde estallan rosas bañadas de carmín con sus pétalos de fragancia, claveles aromáticos y geranios de vivos colores. Las casas encajan en el entorno, adaptándose a la topografía, clima,

orientación del sol y dirección de los vientos. Casas hechas para vivir. En ellas nacieron, vivieron y murieron los antepasados de una larga serie de generaciones. Sigo considerando que estas casas son monumentos artísticos, porque han permanecido durante siglos. Han sabido superar los gustos, necesidades y cambios. Han sobrevivido con las reformas precisas. Algo que me emociona, porque se han mantenido en pie. No es fácil que las casas modestas perduren en el tiempo. Parece un principio general que la genética de conservación de los edificios es propia de las catedrales y palacios. Sin embargo se ha conservado el plano urbano y las casas, al menos, desde el siglo XVI. En la calle larga dos fuentes tranquilas con caños y askas adosadas soltaban abundante agua durante el día y la noche. La fuente del barrio de abajo de pila octogonal y pilar ochavado con cuatro caños se construyó en 1906, según se lee en la inscripción que aparece en el frontis. De las fuentes se asistían los vecinos en contadas ocasiones. Las ascas (abrevaderos) de aguas limpias servían para que el ganado vacuno saciara su sed diariamente al regreso de los prados de verde oscuro, donde pastaba varias horas. El agua de la fuente discurría con un trote relajante y procedía de un manantial de la montaña.

Sin el río Ultzama no se entiende el asentamiento duradero de Iraizotz, pueblo típico de emplazamiento fluvial. El río enfaja a la aldea por la margen izquierda a una distancia prudente, lo que permite el control de su cauce. Sus aguas sugieren sensaciones de frescura y transparencia. Son espejos donde se reflejan las sombras de los árboles y cumbres. Río solitario, callado y lento en verano, intrépido, rápido, rumoroso y rompedor en invierno, se aleja pausadamente por el valle adelante en pronunciados serpenteos, entre praderas, arbolados, cultivos y lomas verdes.

Los puentes jalonan el recorrido, dando accesibilidad a otras zonas mediante una combinación equilibrada y orgánica de materiales y formas.

Donde abunda el agua aparece el paisaje vivo. El paisaje ofrece una armonía ajustada a las leyes naturales. La superficie agrícola corresponde a los suelos calizos y margosos de la terraza fluvial inferior. Las parcelas tenían una proporcionalidad entre longitud y anchura en los campos abiertos e irregulares. En las piezas sembradizas ligeramente onduladas se cultivaban cereales y forrajes para



*Vista aérea de la localidad.  
 Foto: Gobierno Navarra.*

## Un pueblo: Iraizotz



Fuente pública en Iraizotz.

atender las necesidades alimenticias de la población humana y de la cabaña ganadera. El labrador arrojaba, esparcía y lanzaba las semillas al surco, esperando el brote de las plantas y los frutos. De estas semillas salían puñados de plantas. La tierra de labrantío se mostraba generosa. En los prados cubiertos de hierba fresca ramoneaban tranquilamente las vacas, generosas en leche, de ubres de gran tamaño, de cuerpos blancos y negros, moteados con manchitas. Esta combinación entre campo y pradera daba un colorido bonancible, que fortalecía el espíritu. Cuesta arriba en los parajes altos se extendían los prados, helechales y pastizales de las aldapas y landas, campos con tendencia a formas cuadradas irregulares, y suelos menos profundos. Los setos o seturas, que cerraban estas fincas, estaban formados de espinos, zarzas, endrinos, matas bajas, matorrales, saucos, arces, que servían para guardar el ganado desde tiempos lejanos, antes de que se inventase las cercas de alambres para este menester. Los portillos de entrada y salida dibujaban retales verdes y amables tierras, donde pacían las ovejas lachas de cara negra y cuernos sobresalientes, bajo la mirada del pastor y al amparo de los perros. Los pastores tenían cuidado de que el ganado no hiciera un "pasabide" o "potxaka", un agujero que diera ocasión a que los animales se infiltraran en las parcelas cultivadas. Los casheros mantenían los setos cortados para que las ramas o arbustos no invadieran otra propiedad o cerraran los caminos.

De los montes la dulzura. Siempre el bosque ha tenido importancia en la vida de estos campesinos-ganaderos como explotación forestal y escenario del ganado. La madera ha sido clave en su devenir: fuego, muebles, vigas, instrumentos y herramientas. Para los forasteros urbanos, el bosque resume la belleza que inspira paisajes, partituras y poemas a los artistas. Para todos los seres sensatos un almacén gratuito de nutrientes, que absorbe el CO<sub>2</sub> del aire y lo limpia

para que respiremos aire purificado. Un bosque multicolor, tupido de árboles caducifolios, reviste la montaña de varios colores, según las estaciones del año. Para Joan Corominas la palabra bosque es voz tardía en castellano y portugués y está tomada del catalán u occitano, *bosc* (874). Los árboles son espejos de nuestra vida, lo dijo Miguel de Unamuno con la profundidad y los argumentos de sus reflexiones. Desde la óptica sentimental los vecinos sienten algo parecido, porque ese amor al bosque nace del cúmulo de experiencias legadas por las generaciones precedentes. En el bosque todo es soledad transparente, frescor reconfortante, sonido pulcro y dulce sombra. El tintineo del ganado y los cantos de los túrdidos entretienen al caminante. Los árboles son espejos de nuestra vida bajo el marco celeste de un cielo que cambia de luz a lo largo de la jornada. En la arboleda se oyen cantos selváticos de diversas notas, odas al campo salvajemente idílicas, que muestran una vida desbordante. El monte Arañotz con cima aplanada tipo mesa domina el panorama. Es la mole que singulariza al valle, bastión natural, muralla protectora, naturaleza primordial, monte eminencia desde el cual todo lo percibido por la vista produce asombro. Tiene una belleza desafiante. Arañotz no lleva artículo por eso forma parte de mi vida. No me es ajeno, lo siento como algo propio. Sin él no se puede entender el pueblo, porque este monte, que no tiembla, ejerce la función de marco simbólico, como el volcán del Vesubio respecto a Nápoles.

Los caminos enlazan los términos del pueblo. Caminos cortos y andaderos. Una red vial de marcado carácter radial ordena el territorio. Caminos vecinales que se alejan del pueblo. Caminos que congregan todo lo que existe a su alrededor y a los transeúntes les proporciona soluciones prácticas a sus intereses laborales. Senderos que nacen inmediatamente del pueblo y se dirigen hacia el campo para diversificarse en sendas estrechas como radios que ocupan los espacios productivos. Atajos transversales que se utilizan para desplazarse a otras localidades y así evitar las miradas inoportunas. Veredas viejas y ásperas transitadas por el ganado. Vericuetos rugosos y quebrados en los montes elevados. Cuantas veces, incontables se puede afirmar, estas vías han soportado los pasos laboriosos de los hombres rurales que tenazmente han circulado a marcha lenta con sus carros y sus ganados, con sus rostros quemados, sin palabras ni canciones, dejando las huellas de los pies y de las ruedas de los carros impresas en el suelo.

Ganaderos y labradores representaban el mundo laboral. En la época a la que se refieren estos recuerdos, no había en el pueblo hiladores, zapateros, arrieros, alpargateros, comerciantes ambulantes, canteros, cereros, chocolateros, panaderos, que si los hubo en el pasado. En las dos tiendas de ultramarinos se vendía de todo, desde alpargatas a cuadernos para la escuela, desde chocolate hasta aquellas sardinas, sardinas viejas, que venían enlataadas en cubos de madera, hasta aperos de labranza. Tiendas modestas ajustadas a las necesidades prioritarias de los vecinos. Recuerdo artesanos am-



Fiestas en Iraizotz.

bulantes que desempeñaban oficios en regresión y acudían al pueblo en busca de trabajo: colchoneros, a varar, ahuecar, sacar la lana para su lavado y una vez seca meter y coser con agujas grandes la lana de oveja latxa; deshollinadores de caños de chimeneas que se encargaban de limpiarlas por miedo a los incendios; estañadores; paragüeros; herradores; esquiladores... Y con cierta regularidad semanal o mensual acudían el panadero y los vendedores ambulantes de tejidos, pescado y productos de alimentación, que las tiendas locales no podían suministrar. El médico y el veterinario residían en otros pueblos y atendían a los concejos del valle. En el pueblo el cura, la maestra y la posadera.

El pueblo contaba con carpintería y herrería. El oficio de carpintero ha sido necesario desde la antigüedad. Tanto en la lengua hebrea como en la griega el carpintero ("tektion") era un artesano capaz de trabajar en la madera y en la construcción. En la Biblia se nos dice que el carpintero era un oficial habituado a manejar el martillo, el compás, la plomada y el nivel, herramientas propias de la construcción. Los romanos aplicaban el término "carpentarius", el que fabricaba el "carpentum", carruaje muy frecuente en la vida de Roma, a los que se dedicaban a transformar la madera. La carpintería era trabajo noble, respetado, que elaboraba armazones, muebles, utensilios, tablonés... La madera era la materia prima y la leña (lignum), el despojo, que se dedicaba al fuego. Me daba el gusto de pisar el serrín y las virutas de madera que alfombraban el suelo en mis visitas al taller de carpintería. Y el olor a madera me colmaba de las esencias del bosque tan cercano. En este espacio cubierto los carpinteros mostraban sus destrezas con los clavos y el martillo que parecían auténticos ilusionistas.

Si la madera era importante para la elaboración de aperos, tablonés y objetos del mueble no lo fue menos el hierro. El herrero parecía un mago, pues transformaba el metal en la fragua como si hiciera un ejercicio de hechicería: forjar, moldear y templar. Al hierro hay que golpearlo con el martillo en caliente sobre el yunque. La asociación bosque-mineral era imprescindible, para que el herrero fabricara piezas

y herramientas, que se utilizaban en la construcción, agricultura, y ganadería.

## LA HISTORIA

No se han descubierto hasta la fecha restos arqueológicos que demuestren un origen arcano. Quizás no fue un poblado paleolítico ni neolítico ni romano. No aparece citado como aldea vascona en las fuentes documentales romanas ni en las correspondientes al periodo visigodo. En líneas generales, me adhiero al criterio de Julio Caro Baroja, según el cual a partir del siglo X se fueron creando asentamientos sobre territorio vascón, compuestos de un pequeño número de casas, una torre (dorre) o fortificación no muy grande y a partir de un momento un templo cristiano.

En Iraizotz pudo ocurrir este proceso hipotético. Los tres elementos arquitectónicos que menciona Caro Baroja se encuentran in situ. Si a estos tres componentes se suman la fuente pública, el horno, el molino, las eras, las tierras comunales, los puentes y los caminos nos encontramos ante el diseño de una aldea medieval, un poblado feudal.

Seguro que el pueblo es anterior a 1268. Las primeras noticias escritas aparecen citadas en varios documentos: en el libro del diezmo de 1268, bajo el epígrafe de Hutçama, en el libro de monedaje de la Merindad de la Montaña de 1350 y en los libros de fuegos posteriores a estas fechas. El Libro de fuegos del siglo XV (1427) tiene censado para Iraizotz (Yraicoz) 9 fuegos, 3 de ellos compuestos por dos familias y el abad. El fuego se considera un hogar a efectos fiscales. ¿Qué coeficiente de población ha de aplicarse a un fuego? No se puede determinar una cifra concreta. En los fuegos o en los núcleos familiares complejos hay variaciones del número de personas. El coeficiente a aplicar oscila entre la franja de un mínimo de 3.50 a un máximo 5.30 habitantes por fuego. El problema no es sencillo de resolver. Si aplicamos la fórmula de Russell sobre el número de habitantes de un fuego (casa), Iraizotz sobrepasaría los 50 habitantes. En el censo del siglo XVI se citan catorce fuegos, con localizaciones y nombres que se han conservado, dato que releva un crecimiento poblacional.

La huella es una marca. Dicen que los lugares conservan ciertos vestigios de las personas que los han habitado. Han sido muchas generaciones las que han dejado una señal, que todavía permanece en los nuevos moradores. Cada casa troncal tenía patrimonio terrícola, forestal y ganadero, que se componía de huerta, gallinero, pocilga, tierras de sembradura cerca del pueblo, prados, castañal, manzanal, helechal, ganado vacuno, caballar, ovino y borda en el monte. Con una docena de vacas lecheras y unas hectáreas de tierra tenían que luchar para ganarse el sustento. Tiempos difíciles. Esta organización patrimonial de la familia exigía un sentido profundo de la permanencia y conservación del patrimonio por medio de la estirpe. Los casheros eran autosuficientes



Vista del interior de la localidad.

para casi todo. Sabían gestionar sus recursos a pequeña escala. Regulaban el número de casas del pueblo de manera cuidadosa para evitar que aumentase la población. El propietario (etxalde), jaunta jabe (amo y señor), era usufructuario de bienes comunales, miembro del concejo. Gozaba de los derechos y deberes que la vecindad le otorgaba, entre otros: participar en los batzarres (reuniones), tener un lugar definido en la iglesia, poseer una parcela asignada en el cementerio... Había un nexo entre casa, sepultura e iglesia que arman la base de la existencia de las antiguas aldeas y villas (Caro Baroja). Vecindad es una palabra que aparece citada en el Fuero General. Deriva de vicinus y significa el habitante de un vicus. Se expresa por una casa o casal de determinados caracteres.

Las relaciones de vecindad son complejas y fuertes, pero necesarias. Es un recibir y un dar. Aquellas familias que practicaban esta doble dirección eran felices y excelentes vecinas. Una frase complementa lo escrito: "auzo ona, adiskide ona, urrutiko parientia baino, beinago auzoa" (vecino bueno, buen amigo; antes que el pariente lejano, está el vecino). D. J. M. Barandiaran ha desgranado el concepto de vecindad al referirse al término auzolan: "Relaciones de personas que viven unas al lado de otras, implican unas relaciones estrechas y bien definidas por la tradición, y que impone deberes y disfrutes". Auzolan es una forma de compartir, reunirse, responsabilizarse, trabajar para el vecindario y mantener el patrimonio comunal. Los moradores se ayudaban cuando las labores apremiaban y las desgracias se cebaban con el personal. Un intercambio de ayudas, sabiendo que se recibirían de inmediato y sin explicaciones. Había que encontrar la buena vecindad, salvar los contratiempos y roces, pues la convivencia no siempre es idílica en el mundo rural ni en el mundo urbano. No se llegaba a la expresión de vecindad de extraños que señala el filósofo Le-

vinas, pero era evidente que surgían tensiones, rencillas, conflictos, confusiones que debían superarse. Al vivir en el mismo espacio había que motivar la convivencia y solidarizarse con los que lo pasaban mal. Por otra parte, algunos vecinos tenían lazos familiares, lo cual era un acicate para superar los posibles desacuerdos. El hecho de compartir un credo religioso común y asistir a la misma iglesia favorecía la resolución de los conflictos familiares y locales. Las disputas y peleas encontraban la reconciliación. Sabían los "casheros", que las necesidades mutuas imponían la colaboración y ayuda. Entendían por qué cosas merecía la pena morir y por cuáles no.

Para vivir en estas casas centenarias se necesitaba aprendizaje, preparación, devoción y amor por el entorno natural y el estilo de vida familiar. Los jóvenes querían seguir las huellas de sus padres, no alejarse de este ambiente. Pero la realidad es siempre determinante. Comenta Pilar Andueza que "la preeminencia de la troncalidad, recogida en el derecho privado navarro, permitió que la casa bajo una autoridad unipersonal titular de los bienes, formara una comunidad familiar y patrimonial prácticamente indisoluble, aglutinando de manera unitaria bienes y personas. Se aspiraba así a mantener la indivisibilidad de la casa, es decir la salvaguarda del patrimonio familiar logrando darle continuidad e incluso perpetuidad y evitando su desmembración". Este modelo de heredero único y el derecho de vecindad limitaban la creación de nuevas casas, haciendo estable su número. De esta manera se establecía un sistema de restricciones propiciado para mantener un equilibrio económico y social.

Las personas mayores hablaban euskera en casa y en la calle, un euskera de "aquí", un dialecto últimamente más precioso y sonoro, que sabía expresar las ideas, sentimientos y deseos del hablante. Eran eus-



Paisaje otoñal en Iraizotz.

kaldunzaharrak, los que poseían el euskera como lengua materna. Con este habla antiquísimo expresaban ansias de vivir, expresiones de júbilo, humor sereno, gratitud por cada día de la vida, según el estado de ánimo. Palabras y expresiones que se referían a los trabajos del campo y del ganado, aldea, iglesia, oficios, reuniones, posada, escuela, huerta, bosque... Palabras, signos de hechos naturales, nacidas del espíritu. Palabras transmitidas de generación en generación que habían conservado para trasladarlas a las futuras generaciones. Gestos ancestrales. Los padres y abuelos hablaban el vascuence, entendían el español y lo hablaban con un acento especial, hasta con gestos personales. Ecos de pasiones pasadas. Empleaban un vocabulario típico y una sintaxis original, lo cual no debe sorprender, porque la transmisión era oral. El castellano lo practicaban cuando iban a Pamplona a resolver asuntos administrativos, ante los interlocutores que no hablaban vascuence y cuando acudían a las ferias y mercados de ganado. Si se encontraban con hombres de habla vascuence hablaban la lengua materna. En casa los padres hablaban en euskera entre ellos y castellano con los hijos. En cambio los hijos parlaban el español aprendido en la escuela, entendían el euskera y algunos lo hablaban con acentos, expresiones y vivencias de la infancia. Se expresaban en un español con acento y estructuras vascuences al que le daban un aire sonoro muy particular, mezclando palabras y giros gramaticales de ambas lenguas, que delataban a primera vista su origen ultzamés.



Vista del interior de la localidad.

El tiempo ha gastado al pueblo, pero no lo ha derribado ni vaciado. Vive más gente que antaño. No hay síntomas de que se produzca una penosa transformación de menos gente de la que pueda concurrir a él. Han cambiado cosas. Un acto de curiosidad consiste en observar como los sitios mutan, incluso los lugares más recónditos. El campo, el bosque y el ganado se han alejado del mundo laboral en un espacio temporal muy corto. Quién vivió en él hace varias décadas ahora reconoce el pueblo, sabiendo que contiene otros matices. Las mentes han evolucionado. Nada es para siempre. La tecnología ha reemplazado algunas de las antiguas profesiones por otras más técnicas. Cuando la maquinaria agrícola arribó al pueblo los animales de carga sobraban. La economía de subsistencia quebró con todas las de la ley. Aquellos duros trabajos, que a fin de año apenas producían rentas, volaron a otros lares. Los puestos de trabajo del sector primario han menguado, siendo sustituidos por otros más cómodos y mejor remunerados. La revolución tecnológica ha modificado los cimientos del pueblo. Confío, no obstante, que se aliente la tradición, que no es sólo transmisión de cosas o palabras; que no se fomente el desarraigo, la incapacidad para pertenecer a un lugar, el desamor por lo patrio, sabiendo que los de antaño estaban dispuestos a dar la vida por estos bosques, prados, regatas... Conservar es atenerse a los principios y convicciones, a no depender de las corrientes culturales del momento. Sin convicciones no se puede vivir. La tradición proviene del término latino "tradere" que significa transmitir, pasar a otro. Se asemeja a las raíces de un árbol. Dice Chesterton: "la tradición es la transmisión del fuego y no la adoración de las cenizas". Azorín distingue entre lo antiguo y lo viejo: "En lo antiguo, y no en lo viejo; entre lo que vivió en determinado momento histórico hay cosas que continúan viviendo, que son actuales siempre, por lo menos hasta ahora y que están más cerca de nosotros que muchas cosas de ahora". Por otra parte, la tradición no es incompatible con innovación y progreso. Considero necesario que los abuelos y los padres sigan impartiendo lecciones y que los hijos y nietos den importancia a estas lecciones: que pregunten, escuchen o cuestionen, para que sepan hallar respuestas. Ellos han sido testigos únicos y mantienen en la memoria recuerdos que no aparecen escritos en ningún libro. Son recuerdos familiares y mundanos que a los nietos les interesa conocer antes de que la muerte los borre. Desconocer este tesoro empírico lleva a la orfandad social, a la desorientación, a la soledad cultural. Es hermoso y productivo saber de dónde venimos, de conocer las huellas de generaciones anteriores, de lo que hicieron los antepasados. 